

## Segundo Domingo Ordinario B/2012

Al comienzo de este tiempo ordinario, las lecturas de hoy nos hablan de la llamada de Dios. De hecho, Dios nos llama de diferentes maneras y en distintas circunstancias a servirle y a trabajar por la salvación de su pueblo.

En la primera lectura, Dios llama al joven Samuel para servirlo. Aunque oyó tres veces la voz que lo llamaba, Samuel no se dio cuenta que era Dios. Es la razón por qué él fue a Eli a fin de verificar si él lo llamaba. Fue sólo más tarde y con la ayuda de Eli que Samuel se dio cuenta que Dios lo llamaba. Finalmente, Dios se reveló a él y Samuel pudo crecer en su protección.

Lo que este texto quiere decirnos es que Dios nos llama para servirlo sirviendo a nuestros semejantes. A veces, a fin de llegar a la confirmación de nuestra llamada, necesitamos la ayuda de nuestros hermanos y hermanas de modo que lleguemos al discernimiento de nuestra vocación. De nuestra parte, tenemos que estar abiertos y pedir ayuda cuando las cosas no nos parecen claras a pesar de la llamada que oímos en nuestro corazón.

Los que están llamados por el Señor, también están llamados a vivir una vida de fidelidad y santidad. Es la razón por la cual San Pablo dice en la segunda lectura que el cuerpo de aquellos quienes pertenecen a Cristo es el templo del Espíritu Santo. Por lo tanto, ellos no pueden ofrecer su cuerpo a la inmoralidad. Al contrario, ellos deberían glorificar a Dios en su cuerpo. Además, porque Cristo murió para nosotros, no pertenecemos a nosotros, sino a Cristo al punto que nuestros cuerpos son sagrados.

Todo esto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy cuando nos habla de los primeros discípulos de Jesús y también la demanda de su vocación cuando ellos han aceptado a vivir en los pasos de Jesús.

En primer lugar, el Evangelio dice que cuando Juan Bautista vio a Jesús, él dijo a dos de sus discípulos que Jesús era el Cordero de Dios. Cuando aquellos quisieron saber donde se quedaba Jesús, Jesús los invitó a venir y ver. Ellos lo siguieron y se quedaron con él. Uno de ellos, Andrés, fue para decir a su hermano Simón quien, por su parte, siguió a Jesús. Al final, Jesús dio un nuevo nombre a Simón que se hizo Kefas.

¿Qué aprendemos de estas lecturas? El primero punto que aprendemos es sobre el misterio de la llamada de Dios. ¿A veces la gente me pregunta, “Cuándo oyó usted o se dio cuenta que Dios le llamaba para ser un sacerdote”? La respuesta es simple: Dios no nos llama como por teléfono. La verdad es que sentimos una gran fuerza que nos empuja a dedicarnos a Dios y dar nuestra vida para él. En aquel sentido, la causa de Dios parece ser más grande que nuestra vida de modo que queramos dar a Dios todo que somos y servir a su pueblo. Es lo que yo sentí y por eso, aunque todavía joven, yo quería volverme sacerdote. Hay un misterio aquí que no puedo explicar. Es el mismo misterio que cruza la vida de Samuel y los otros discípulos también.

El segundo punto que aprendemos es sobre la iniciativa de Dios. De hecho, cuando Jesús vio a los dos discípulos que lo seguían, él les preguntó lo que ellos buscaban. Un poquito más tarde, cuando ellos quisieron saber donde él se quedaba, él los invitó a venir y ver.

Este episodio nos enseña que independientemente de lo que podría ser nuestra vocación, es siempre Dios quien es el primero a llamarnos. Él precede a nosotros en todo lo que hacemos, porque la iniciativa viene de Él. De hecho, cuando sentimos una alguna

inclinación fuerte hacia Dios o cuando sentimos que en nuestros corazones estamos tan insatisfechos que comenzamos a hacer preguntas sobre Dios, es él que viene para encontrarnos. Dios no nos abandona en nuestra búsqueda en la oscuridad y en el abandono. Él viene a nuestro encuentro siempre con las manos abiertas. Por eso Dios no es alguien quien se mantiene a la distancia de nosotros, sino alguien quien está cerca de nosotros y nos espera. Como San Agustín dice, no habríamos comenzado a buscar a Dios si él nos hubiera ya encontrado.

El tercer punto que aprendemos es la importancia del desinterés propio. De hecho, en la sociedad judía, Juan era una persona respetuosa. Él cambió la vida de muchos por su enseñanza. Considerando tal honor, pensaríamos que él se atendería a su posición. Sin embargo, en el Evangelio, él invita a sus discípulos a abandonarlo y a seguir a Jesús. Y aún, la experiencia humana nos enseña que no hay ninguna cosa más difícil que tomar el segundo lugar cuando ya una vez habíamos disfrutado del primero. Juan, al contrario, nos enseña la humildad, la sinceridad y el desinterés propio.

El cuarto punto es la importancia de construir la relación con Jesús. De hecho, cuando Jesús le dijo a los discípulos para “venir y ver”, él quiso que ellos vivieran en unión con él, como los que lo conocen de dentro y no sólo desde fuera. Esto es verdadero hoy como fue en el pasado. Nadie puede tener una relación fuerte con alguien cuando él no puede entrar en su intimidad; de manera contraria, la relación permanece artificial. Fue sólo cuando los discípulos se quedaron con Jesús y aprendieron de él que ellos vinieron para comprender la exigencia de su vocación y el precio para ser discípulos verdaderos.

El último punto que aprendemos es la transformación que Jesús quiere ver en nosotros cuando le seguimos. Aquella transformación es mostrada en el Evangelio por el cambio del nombre de Simón que se hace Kefas. De hecho, el cambio de un nombre denota una nueva relación con Dios. Cuando una persona entra en una relación con Dios, él se hace una nueva persona. Por eso en el pasado, cuando alguien entró en la vida religiosa, le dieron a él o ella un otro nombre.

Todo esto significa que cuando Jesús nos mira a nosotros, él ve no sólo lo que somos, sino también lo que podemos ser bajo su dirección. Por supuesto, él sabía que Pedro era un pescador, pero él quiso que él se hiciera una roca en la cual él construiría su Iglesia. Por eso, no deberíamos tener miedo de trabajar para el Señor a pesar de nuestras limitaciones. Tenemos que saber que el Señor no mira nuestro estado presente, pero el potencial que hay en nosotros y lo que podemos ser para la gloria de su nombre.

Oremos, entonces, que el Señor nos refuerce en nuestra vocación. ¡Que él nos dé el coraje para estar abiertos a nuestros semejantes quienes pueden ayudarnos a discernir nuestra vocación! Que Dios bendiga y refuerce a aquellos que han respondido ya a su llamado. ¡Que Dios los bendiga a todos!

**1 Samuel 3, 3b-10, 19; 1 Corintios 6, 13c-15<sup>a</sup>, 172-0; Juan 1, 35-42**



Fecha de la Homilía: el 15 de enero de 2012  
© 2012 – Padre Felicien I. Mbala, PhD., STD  
Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)  
El nombre de Documento: 20120115homilia.pdf